

Nombre completo: Marcelo I. Sicoff
Categoría: Ciudadanía en general
Título: La Calamita: La cicatriz abierta
Correo electrónico: marcelosicoff@yahoo.com.ar
Teléfono: + 54 341 6 770071

La Calamita: La cicatriz abierta

Cada 24 de marzo, cuando el sol de Granadero Baigorria suaviza su ardor y el aire huele a otoño, vuelvo a La Calamita. No voy solo. Me sumo a la marcha que se reúne en Avenida San Martín y Eva Perón, una procesión con pasos que pesan, como si cargaran el eco de los ausentes. Todos saben por qué están ahí; algunos, sobre todo los más jóvenes, apenas han oído el nombre en una charla suelta, en un taller de la facultad, en un artículo que mencionaba los centros clandestinos. Sin embargo, están.

La Calamita no es un museo impecable ni un monumento grandioso; ni siquiera una placa lustrosa. Es una casona de 1920, en un terreno que alguna vez olió a frutales y olivos, cuando Juan Sala, un español de manos curtidas, soñaba con una finca próspera. Entre 1928 y 1934, Sala fue presidente comunal, y sus tierras se extendían hasta donde hoy rugen la autopista Rosario-Santa Fe y las vías del ferrocarril. Ese sueño se deshizo, y el silencio que quedó me apretó el pecho. Fui porque mirar para otro lado es dejar que el olvido gane.

Nunca entré a La Calamita. No hace falta. Desde la calle, la casona se alza como una cicatriz brutal en el paisaje, su cartel desvaído susurra lo que los muros guardan. Entre 1976 y 1978, esta propiedad, alquilada por los dirigentes de Rosario Central y cedida al II Cuerpo del Ejército, se convirtió en un engranaje más del terror¹. Uno de los cinco centros clandestinos de Rosario donde, se sabe por las causas judiciales², al menos un centenar de personas fueron secuestradas, torturadas, asesinadas. Ochenta y cinco de ellas jamás volvieron³. Desde afuera, uno imagina los gritos atrapados, un eco que se niega a disolverse.

¹ **Historia de La Calamita:**

[https://www.santafe.gob.ar/index.php/web/content/view/full/240105/\(subtema\)/93806](https://www.santafe.gob.ar/index.php/web/content/view/full/240105/(subtema)/93806)

<https://papelitos.com.ar/nota/rosario-el-gigante-de-arroyito-y-la-calamita>

² **Información sobre las causas judiciales relacionadas con La Calamita :**

<https://www.santafe.gov.ar/noticias/noticia/242350/>

³ **Lista de detenidos.** <https://lacalamita.net.ar/lista-detenedos-2/>

La primera vez que fui, el verde del campo alrededor me pareció un insulto, tan vivo, tan ajeno. A metros del ingreso, contenedores rebalsan de basura, rodeados de desechos. Chicos flacos y perros hambrientos revuelven entre los restos, buscando algo, cualquier cosa que les dé un mínimo de valor. Por un lado, el Barrio Industrial abraza la finca con su rutina de casas bajas, su murmullo constante de vida que sigue. Enfrente, al otro lado del cartel que señala La Calamita, empieza Camino Muerto. El nombre no es una casualidad, es una condena. Un asentamiento de casas precarias, sin agua potable, sin cloacas, donde la vida se resume en una lucha diaria por la mera subsistencia. La autopista Rosario-Santa Fe, a pocos metros, ruge su indiferencia, un motor incesante que se burla de la quietud que pesa sobre esas ruinas. La Calamita, pensé entonces, no es solo un vestigio del horror pasado, sino también un espejo crudo de la desigualdad presente, un cruce de caminos donde la memoria choca con la desidia, la barbarie de ayer con el abandono de hoy.

Me quedé parado frente a la entrada, y un viento frío me cortó la cara. Saqué un papel del bolsillo, escribí "No olvidar" con la lapicera temblando, y lo dejé caer al suelo, como si la tierra pudiera guardarlo. La casona, desde afuera, parece un puño cerrado que esconde su verdad. ¿Cómo se pudo construir tanto horror en un lugar que parece, a simple vista, tan común?

Cerca de los chicos que hurgaban en la basura, en una canchita improvisada en el predio de La Calamita, encontré a Sebastián, un joven de mirada inquieta, que organiza partidos de fútbol para los pibes de los barrios cercanos. Lo vi patear una pelota gastada con un grupo de chicos, y su voz, una mezcla de esperanza y terquedad, se me grabó: "Que jueguen, sí, pero que sepan lo que pasó. Entender eso lo cambia todo." Su sueño, me dijo, es fundar un club, un espacio donde la memoria y la vida no solo convivan, sino que se alimenten mutuamente, donde los pibes no solo corran detrás de una pelota, sino que también, en cada pique, en cada gol, recuerden. Miro a los alrededores y la realidad es un golpe seco: muchos jóvenes de la ciudad no tienen ni la menor idea de que en Baigorria, ahí, donde hoy corre la vida, existió un centro clandestino de detención.

Me impresiona la quietud y la soledad de la casona. ¿Cómo pudo esto pasar aquí, tan cerca de todo, tan lejos de todos? Volví a las cifras: un centenar de personas secuestradas, ochenta y cinco desaparecidas, tragadas por una historia que insiste en callar. Pensé en el silencio, ese cómplice que aún ronda los rincones, que se filtra en el

aire. Miro, y mi corazón late rápido, demasiado, como si temiera despertar algo que no se debe.

Al regresar, una pregunta se me clavó en la cabeza, una espina que no cede: ¿cómo se vive, día tras día, sabiendo que esto existió?

La Calamita: Una voz que irrumpe

La Calamita no siempre tuvo voz. Desde 1984, vecinos, la CONADEP y sucesivas marchas la señalaron como lugar de memoria, incluso después de un robo de expedientes⁴ que pretendió borrarla. Leyes fallidas en 2003 y 2005 dieron paso, finalmente, a una donación al Estado en 2023⁵ y una ley en 2024 que prometen un museo⁶. Pero la política local y provincial parece moverse con la lentitud de una tortuga, como si el pasado pudiera esperar para siempre, como si la verdad pudiera aplazarse. Documenta Baigorria⁷, un grupo de vecinos que se niega a que el olvido prevalezca, logró que formara parte, desde 2014, de la Red Federal de Sitios de Memoria⁸. Sin su obstinado trabajo, quizás hoy este lugar sería apenas un sitio baldío más, una casona vieja sin nombre.

Se lo conté a un amigo en un bar, con un café humeante entibiándome las manos. Intenté explicarle cómo una casona que una vez olió a frutales, a promesas de prosperidad, se convirtió en un escenario de muerte, de horror impensable. “Es como si la tierra misma tuviera algo que decir”, le dije, y él asintió, con una mirada que no sé si entendía del todo. Y, en el fondo, yo tampoco.

En Granadero Baigorria, La Calamita es una herida que respira. Algunos saben, otros prefieren desviar la mirada. Los chicos de las escuelas, gracias a la incansable labor de Documenta Baigorria, empiezan a preguntar, a desenterrar, pero en las calles, el pasado a veces pesa demasiado, se resiste a ser nombrado en voz alta. El sueño de Sebastián,

⁴ <https://www.lacapital.com.ar/politica/el-robo-expedientes-1984-tribunales-provinciales-va-juicio-n10010827.html>
<https://carlosdelfrade.com.ar/noticias/el-robo-de-los-tribunales-rosarinos-argentina-1984/>

⁵ <https://www.conclusion.com.ar/politica/la-legislatura-de-santa-fe-avalo-la-donacion-de-la-quinta-la-calamita-donde-se-construira-un-museo-de-la-memoria/10/2024/>

⁶ <https://www.lacapital.com.ar/la-region/la-legislatura-santa-fe-aprobola-donacion-la-quinta-la-calamita-n10160158.html>

⁷ **Documenta Baigorria:** <https://lacalamita.net.ar/quienes-somos/>

⁸ <https://museodelamemoria.gob.ar/page/noticias/id/1578/title/Se%C3%B1alizaci%C3%B3n-de-La-Calamita-como-sitio-de-memoria>

con los pibes corriendo detrás de una pelota, es un grito de vida, un desafío al silencio impuesto. Visitar La Calamita es un golpe, una interpelación. No es un lugar que se recorre y luego se guarda en algún cajón de la memoria. Es un guardián que no deja olvidar: lo que fuimos como sociedad, lo que somos en nuestro presente, y, sobre todo, lo que jamás, bajo ninguna circunstancia, debemos volver a ser.

¿Por qué importa conocer estos sitios?

Porque ignorar el pasado es, de hecho, una traición. La Calamita, con su silencio cargado de historias, dialoga con su comunidad en susurros, en las charlas tímidas de los vecinos que se atreven, en los carteles que marcan su existencia. Pero también grita. Grita en las aulas donde los chicos, con la curiosidad de lo que no entienden, preguntan; grita en los juicios que aún buscan justicia, que buscan nombrar a los verdugos; grita en los debates que enfrentan al negacionismo que, ominosamente, hoy levanta la voz. Para mí, visitar La Calamita es entender que los sitios de memoria no son reliquias empolvadas del pasado. Son, por el contrario, espejos vivos. Reflejan lo que fuimos, lo que somos, y lo que, con una urgencia que quema, no debemos volver a ser. Cumplen un rol feroz: nos obligan a mirar, a preguntarnos, sin rodeos, qué hacemos con esa verdad que nos golpea. La Calamita no es solo un lugar en Granadero Baigorria. Es una deuda que persiste. Un compromiso ineludible. Una promesa ineludible de no callar jamás.